

DESDE EL JABALI DE ALTAMIRA...

Ion Etxebeste Zuloaga

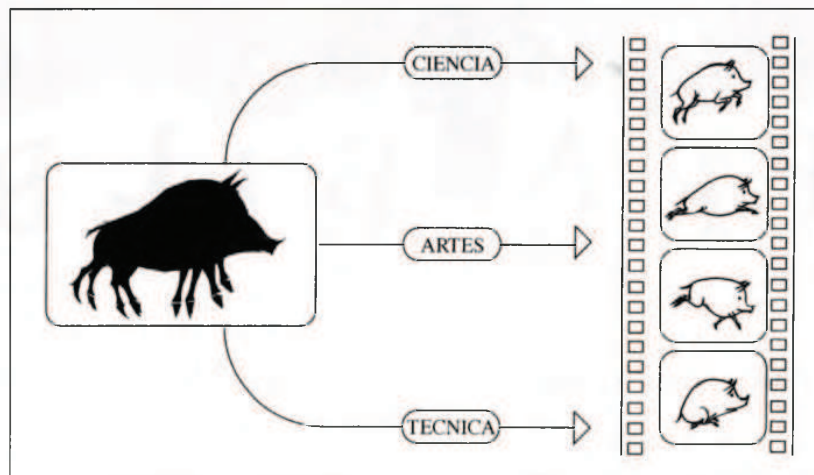
Los antecedentes más inmediatos del nacimiento de la cinematografía deben buscarse en el siglo pasado y en dos vertientes concretas. Por un lado, la que estudió el fenómeno de la persistencia retiniana aplicándola posteriormente al análisis y síntesis del movimiento a partir de dibujos sucesivos. Por otro lado, la que creó y desarrolló la fotografía, que, a su vez, aglutina dos ramas de la ciencia: la Física y la Química.

Todo este proceso que nos parece relativamente inmediato, casi como un invento, precisó no obstante de un largo proceso intelectual y empírico en los intentos de aprehensión y representación del movimiento. Este proceso nos remonta, como mínimo, a nuestros antepasados de Altamira con sus pinturas rupestres.

No es mi intención hacer aquí historia de la cinematografía, sino referirme a la pequeña historia del dibujo animado euskaldun que, conceptualmente, está tan cerca del fabuloso jabalí de ocho patas de las cuevas de Altamira.

A estas alturas poca gente habrá que desconozca cómo se hicieron "El Rey León" o "Aladín", a través de los diversos programas de "Así se hizo..." realizados para tal efecto. En ellos nos descubren el despliegue de medios y profesionales que intervienen en su producción, así como los aspectos más espectaculares y fantásticos de las diversas películas. Pero lo que seguramente la mayoría de la gente ignora es dónde y en qué circunstancias se llevó a cabo la primera película de dibujos animados realizada en el País Vasco y en euskera.

Como tantas otras cosas, este proyecto fue concebido y creado en Errenteria por un equipo de entusiastas "trogloditas". Los integrantes de este equipo, que procedían de distintos campos, tenían como objetivo común realizar una película de dibujos animados. Este dato sería irrelevante de no ser porque esta película fue la primera de su género en euskera y con la infraestructura técnica y humana también autóctona.



Ser el primero en algo ya es harto difícil, aunque en opinión de su realizador lejos de ser un privilegio supone una desgracia. Este testimonio, que en sí parece una paradoja, deja de serlo si lo analizamos desde una óptica adecuada. Me refiero al anacronismo que supone reandar por procesos superados sobradamente en otros lugares.

Pongámonos en Errenteria el año 1.978 y planteémonos abordar un proyecto de estas características. Aparte de los ingredientes sociopolíticos de la fecha, nos encontramos con todos los problemas derivados de la ausencia de industria y tradición cinematográficas, nula en lo concerniente al dibujo animado. Esta ausencia implica, a su vez, la falta de documentación y datos sobre teoría y técnicas de la animación (apenas existe en el mercado algún título en castellano). Por otro lado y por el motivo antes aludido, la carencia de infraestructura y maquinaria hace que resulte cara y dificultosa la creación de un taller mínimamente equipado ya que todo el material hay que importarlo.

Con estas premisas comienza una peregrinación por diversos estudios del Estado y fuera de él en la búsqueda de datos, herramientas y materiales. De esta experiencia se desprende la conclusión de que lo que iba a ser aquí arte experimental, en otros lugares se trataba ya de una industria asentada.

El riesgo de toda ópera prima es precisamente que sea esa toda su virtud. Aquella película en 16 mm., de 20 minutos de metraje y que se tituló "Ekialdeko Izarra" bien pudo ser un caso anecdótico más como tantos otros, pero lejos de esto, abrió paso a otras producciones de factura más ambiciosa y generó una importante parrilla de profesionales que prestan hoy sus servicios fuera y dentro del País Vasco.

Sirva este artículo como homenaje a cuantos hicieron posible la animación en el País Vasco, con su aportación técnica, artística o económica, participando así en el inicio de una industria de la imagen animada.